

CAPITULO II.

Pruebas directas de la existencia de Dios.

Para tratar metódicamente esta materia, conviene fijar de antemano las ideas que deben formarse del *ente contingente* y del *ente necesario*. Supuesta ya la noción que dimos en la Ontología sobre el *ente* en general, dirémos ahora, que por *ente contingente* debe entenderse cualquiera *ser* que pudo no haber existido y que puede dejar de existir, y por *ente necesario*, aquel que indispensablemente ha de haber existido siempre, y que nunca puede dejar de existir. Sentados estos principios, debemos reducirnos á desenvolver en el presente capítulo el siguiente raciocinio, por el mismo orden con que se presentan las proposiciones que ponemos á continuación.

1.^a El hombre y todos los objetos que hai en la naturaleza son *entes contingentes*.

2.^a La existencia de los *entes contingentes* supone la existencia de un *ente necesario*.

3.^a Este *ente necesario* es espíritu, único é infinitamente perfecto.

§. I.

El hombre y todos los objetos que hai en la naturaleza son entes contingentes.

Esta proposicion es tan evidente, que no necesita de prueba. Todos los hombres, como la experiencia misma lo enseña, han tenido principio y tienen término, han nacido y han de morir. Antes de su nacimiento, y despues de su muerte, no existen; y como de un hecho como este se deduce su posibilidad, resulta que el hombre es un *ser* que pudo no haber existido, como no existió de facto ántes de su nacimiento, y que puede dejar de existir, como deja de existir en efecto despues de su muerte. El hombre pues, es un *ente contingente*.

Fuera del hombre se ofrecen á nuestra investigacion todos los objetos de la naturaleza. En esta no vemos otra cosa que el *reino animal* y la *materia inorgánica*. Al primero conviene perfectamente la demostracion que precede, pues que el bruto está sujeto, como el hombre, á las mismas leyes del nacimiento y la muerte. La cuestion pues debe reducirse ya, segun esto, á la *materia inorgánica*. ¿Qué

dirémos de ella! Ha tenido un principio: por consiguiente, ántes de este principio no existía: este hecho funda la posibilidad. ¿Hubo un tiempo en que la materia no existiese! Luego se puede concebir que no existe: luego pudo no haber existido, y puede dejar de existir. Admitida la creacion de la materia, es indispensable reconocer que ella es contingente: los mismos ateos lo han reconocido así. De aquí el empeño que han tenido siempre en sostener que la materia es eterna. Nuestro deber en este caso consiste pues en demostrar la creacion, asunto mui vasto, sobre el cual se ha escrito mucho. Sin embargo, preferirémos un simple raciocinio. Para sostener que la materia es eterna, seria necesario partir de uno de tres supuestos; decir, por ejemplo, que ha sido ella causa de sí misma, ó que no ha tenido causa ninguna, ó que existe necesariamente. ¿En cuál de estas tres proposiciones se encuentra la verdad! ¿Dirémos que la materia es causa de sí misma! ¿Supondrémos que no ha tenido causa ninguna! Pero ¿en qué podríamos fundarnos para sostener estas ridículas paradojas! Suponer que la materia se dió á sí misma la existencia, es aventurar una contradiccion palpable, ora porque criar es una obra activa, hija de la Omnipotencia, é incompatible por tanto con la esencial inercia de la materia, ora porque ser causa de sí misma, equivale á ser primera y postrera de sí misma, hipótesis grosera, y cuyo absurdo, por ser tan palpable, haria superfluo el trabajo de una demostracion impugnativa. ¿Dirémos que no ha tenido causa ninguna! Para esto seria preciso sostener que es necesaria, es decir, pasar por el mayor absurdo. Lo que es necesario no puede concebirse sin existir; y yo puedo concebir mui bien que deje de existir una piedra, v. g., una mies, una montaña. “Ese guijarro, dice Chateaubriand, que movéis bajo vuestros piés, no existe necesariamente, puesto que le podéis concebir mui bien, ó anonadado, ó transformado en otra especie, sin que por esto resulte ningun cambio en el universo.” La materia pues no existe necesariamente: si así fuera, la existencia seria una cualidad esencial suya; siendo una cualidad esencial, la tendrían igualmente todos los cuerpos; y así como si no pudiera concebirse como no existente la materia en general, tampoco podria yo concebir como no existiendo un cuerpo particular; así tambien, siendo claro que puedo concebir mui bien un cuerpo determinado dejando de existir, puedo concebir en general toda la materia destituida de la existencia. Esta pues no es esencial á la materia, y por tanto la materia no existe necesariamente.

Probado que la materia no existe necesariamente, está demostrado el absurdo con que podría suponerse que fuera eterna. Yo no puedo concebir una cosa eterna sin concebir una existencia necesaria. Los mismos que han sostenido la eternidad de la materia, han dado por razon capital, *que de la nada nada puede hacerse*, y que pues la materia existe, siempre ha de haber existido, porque no son capaces de comprender cómo de la nada pudo haber salido alguna cosa. Ellos pues suponen la materia eterna, porque suponen su existencia necesaria, y suponen su existencia necesaria por la evidencia del principio repetidísimo, *que de la nada no puede hacerse nada*. Este principio es muy cierto, mas no para inferir de aquí el que Dios no haya podido sacar al mundo de la nada. Cuando presentamos á Dios por causa del mundo, y para expresar el acto de la creacion, decimos que Dios le sacó de la nada, no queremos dar á entender que se sirvió de la nada, como de una materia ó instrumento para formar el mundo: porque sabemos muy bien, que esta palabra *nada* es una expresion negativa, no corresponde á ninguna idea positiva, no significa ningun objeto, y en consecuencia, no puede representar algo que sirva de instrumento ó de materia para formar una cosa. Lo que entendemos y todo el mundo entiende es que Dios, por un acto de su voluntad suprema, hizo que existiera lo que ántes no existia.

¿Qué inconveniente hai en esto! Acaso la circunstancia de que no podemos comprender este acto sublime de la Omnipotencia! “El no saber cómo haya podido hacerse una cosa, dice Feller, no es buena razon para decir que no se ha hecho. Para esto seria necesario probar que la idea de la creacion es repugnante y contradictoria. Pruébenoslo así los filósofos, y entónces nos adherirémos á su dictámen: pruébenos igualmente que es imposible que Dios sea Criador: no lo harán; seguro es. Los que admiten la idea de Dios y niegan la creacion, porque no pueden comprender cómo una cosa nazca ó dimane de la nada y comience á existir, no ven la inconsecuencia de sus principios. ¿Cuántas cosas hai que no comprenden, y sin embargo las admiten! ¿por ventura comprenden con mas claridad qué sea materia eterna, existente é inerte y que por toda una eternidad está esperando que Dios la comunique accion y movimiento! ¿quién la puso allí en la eternidad! ¿comprenden mejor, qué cosa sea esa fecundidad tan maravillosa, tan constante y uniforme, dada á la materia para producir las semillas, sin las cuales eternamente habria sido incapaz de producir cosa alguna! La formacion y fecundidad de estas semillas, siem-

pre renacientes de su propio seno, que forman esa variedad casi infinita de seres y de producciones, ¿es mas fácil de concebirse que la creacion! ¿comprenden mejor la creacion de los espíritus y sustancias espirituales, que la de la materia! Porque no hai medio: ó han de decir que no hai sustancias espirituales, ó que han sido criadas, ó que son eternas como Dios. Decir que no las hai, es contarse en el número de aquellos á quienes los antiguos llamaban *piara de Epicuro: Epicuri de grege porcus*. Estos sentimientos no tienen cabida en el hombre, sino en los momentos en que goza de unos placeres los mas groseros, y que justisimamente condena la razon. Decir que son eternas é increadas, seria decir al mismo tiempo, que eran independientes de Dios; porque en efecto, ¿qué autoridad tendrá Dios sobre unas sustancias eternas como él, y que ni para ser, existir, pensar, querer, ni discurrir, habian tenido necesidad de él! Decir que han sido criadas, es obligarse á confesar lo mismo de la materia.”⁽¹⁾

§. II.

La existencia de los entes contingentes supone la existencia de un ente necesario.

Para demostrar esta verdad, no necesitamos otra cosa, que recordar aquí algunas de las nociones breves que nos da la Ontología sobre la causa y el efecto. Ella nos dice, que no se da efecto sin causa: primero, porque siendo el efecto y la causa dos cosas realmente distintas, claro es que la una no es el otro; segundo, porque llamándose efecto cualquiera cosa producida por otra, y causa, la cosa que produce, es claro que donde hai produccion hai una cosa producida, y por consiguiente, la existencia de una cosa producida supone la existencia de una cosa productora. Ahora bien: ¿el ente contingente es una cosa producida! O convenimos con esto, ó decimos que ha tenido una existencia necesaria. *Ente contingente* y existencia necesaria son dos ideas que se excluyen; porque la segunda existe nada ménos que en la circunstancia de no haber podido, ni poder nunca dejar de ser, al paso que lo contingente consiste en haber podido y poder dejar de ser. El *ente contingente* es pues una produccion, una cosa que ha sido hecha, que ha tenido un principio: siendo esto así, supone la existencia de una cosa productora que lo haya hecho, que le haya dado principio: y

(1) Cath. philos.

como esta cosa productora es distinta de la cosa producida, y la cosa producida es un *ente contingente*, es claro que la cosa productora no será un *ente contingente*: es así que fuera del *ente contingente* solo hai el *ente necesario*; luego la existencia de los *entes contingentes* supone la existencia de un *ente necesario*. Apliquemos estas ideas, para darles mayor claridad, al hombre y á la naturaleza física.

§. III.

El hombre ha sido hecho por el ente necesario.

O, el hombre ha sido hecho por el *ente necesario*, ó por el *ente contingente*. Esto segundo no puede sostenerse. Los *entes contingentes* que conocemos por la razon, están reducidos al hombre y á la materia; veamos pues cómo ni esta ni aquel pueden llamarse causa del hombre. La materia no es activa, luego nada puede criar: la materia no es capaz de pensamiento; ménos lo será pues de producir una alma que piensa: luego la materia no ha podido ser la causa del hombre.

¿Lo será el hombre mismo! ¡Ah! léjos de poder criar nada, ni aun es capaz de conservar siquiera las débiles obras que han salido de sus manos. No es pues necesario, á vista de esta observacion, que se le pruebe que la creacion excede á sus fuerzas: con sus palabras, con sus ideas, con sus producciones diversas hace á cada paso mil revelaciones de su limitacion y de su nada. El dominio que sobre él ejerce la adversidad y el dolor; la impotencia en que se halla muchas veces para realizar sus deseos; la muerte en fin, cuya proximidad le hace estremecer; todo esto es una voz elocvente, una solemne confesion, de que no es él su propia causa. No es él el único ser inteligente en el universo, porque si lo fuera, es claro que nada existiria, ni el universo, ni él mismo. “Si él fuera, dice Bossuet, el único inteligente, seria indispensable convenir en que su inteligencia imperfecta no dejaría de existir por sí misma, y por consiguiente de ser eterna, independiente de todo lo demas, cosa que ningun hombre tendria el atrevimiento de pensar nunca, por mas loco que fuese.” Hai pues, un ser superior al hombre, puesto que ha hecho al hombre mismo, y he aquí cómo hemos llegado felizmente á esta grande verdad, que nos revela la existencia de un primer ser, fuente de toda existencia, causa y razon de cuanto vive, de cuanto ha dejado ya de

existir, y de todo lo que se contiene en la region de lo posible.

Por otra parte, cuando buscamos la causa del hombre, claro es, que no nos referimos á un hombre en particular, sino á la especie toda. Ya vemos que en las generaciones hai una sucesion ordenada; que podemos remontarnos del hijo al padre, del padre al abuelo, &c., &c.; pero esta línea no es infinita; porque si lo fuese, el primer hombre no hubiera sido contingente, habria tenido una existencia necesaria: por este solo hecho no hubiera podido morir, y de consiguiente, claro es que aun existiria. Si pues todas estas generaciones tienen un principio comun; si hai un primer Padre en la especie humana, cosa que nos vemos estrechados á reconocer por una ilacion forzosa de los mas urgentes racionios; si este primer hombre fué contingente, como lo hemos demostrado; si en el hecho de serlo, tuvo una causa; si esta causa no pudo haber sido él mismo ni la materia, que son los únicos *entes contingentes* que conocemos por la razon; y si fuera del *ente contingente* solo existe el *ente necesario*; claro es, que un *ente contingente* no pudo haber sido la causa del hombre.

Pero qué ¿fuera del hombre y la materia no hai en la esfera de los posibles otro *ente contingente*? Sí le hai; y de hecho podemos concebir la posibilidad de otros mundos y de otros *entes*; pero de aquí nada resulta que debilite la fuerza de nuestro racionio. La experiencia constante nos enseña que todo nace segun su especie; y examinando los motivos de este hecho, vemos que lo que se propaga naturalmente no excede para nada los límites de sus cualidades constitutivas. La especie humana produce hombres, la especie animal produce animales, la especie vegetal produce vegetales. Alguna vez la naturaleza sorprende, es cierto, y burla nuestra expectativa con la produccion de algunos monstruos que parece no tiene especie determinada. Pero no nos engañemos: un monstruo nada contiene que no exista fundamentalmente en su causa: v. g. un monstruo que resulta de un parto saldrá á luz sin la vida animal; pero siempre será una porcion de materia mal organizada, y por consiguiente, todo lo que tiene ha salido de su causa. Una fruta de ingerto parece una nueva especie; pero no es mas que una especie modificada, un objeto compuesto de dos causas que se combinan: nada tiene que no exista en su causa comun. De aquí resulta que ninguna especie, cualquiera que sea, puede nacer de otra extraña del todo á sus principios constitutivos. En este caso se halla el hombre. Para que su especie

hubiera provenido de otra que nada tuviese de comun con ella, habria sido preciso que la especie productora hubiese sacado al hombre de la nada: pero tal supuesto es inadmisibile en un *ente contingente*. Es mas fácil conservar lo que existe, que sacar de la nada una cosa que no existe: es así que ningún *ente contingente* tiene esencialmente este poder conservador, como la razon lo persuade y la experiencia lo acredita, luego ménos tendrá el poder criador. Criar es pues un atributo exclusivo del *ente necesario*; y por lo mismo, este y no un *ente contingente*, ha de haber sido por necesidad la primera causa del hombre.

Si de aquí pasamos al exámen particular de su constitucion física y de las cualidades esenciales de su alma; si entramos en los pormenores de sus instintos y propensiones, de sus deseos y de sus sentimientos; nada vemos en él, que no nos vaya conduciendo de racionio en racionio hasta el *ente necesario*, fuente de todo cuanto se admira en la misteriosa union del alma y el cuerpo humano. Cuando deduzcamos de la naturaleza del hombre la existencia de su fin, tendrémos ocasion de notar cómo este mismo argumento, que nos persuade nuestro fin, vale con mayoría de razon, para demostrarnos la existencia y naturaleza perfectísima de una primera causa.

Pero entre tanto, busquemos el origen de esos torcedores terribles, que experimenta la conciencia por consecuencia de los crímenes. Sucede que los hechos mas ocultos, sabidos solo del delincuente, quien por lo mismo no tiene motivo alguno de temer en el órden temporal, le atormentan sin embargo y consumen con una fuerza y continuidad irresistibles. ¿De dónde vienen pues tales sentimientos? ¿De un empeño caprichoso que tenga el hombre de mortificarse á sí mismo? Absurdo es este, que todo el mundo palpa, y que no debemos por tanto combatir. ¿Serán obra de la casualidad? Para creerlo así, seria necesario suponer que la casualidad fuese algun *ente*, ó que pudiera darse un efecto sin causa. ¿Quién produce pues estos sentimientos? ¿Por qué las delicias de la virtud, los tormentos del vicio y el pavor de la muerte? Hai sin duda una regla de conducta en cada uno de nosotros, hai un sentimiento de las acciones que practicamos: hai un juicio que compara la accion con la lei, y descubre, por consiguiente, si esta es ó no conforme con aquella. Esta lei la reconoce cada uno en el fondo de su alma, es una misma para todos. ¿Quién ha dado esta lei? ¿Cada uno se la ha impuesto á sí mismo? No: porque si así fuera, ni seria una misma para todos, ni habria para qué afigirse

tanto cuando se infringe. ¿Algun hombre la ha impuesto á los demas? Tampoco: ó este legislador es uno de los que viven, ó uno de los que han muerto ya: si lo primero, ¿quién impuso la lei á las generaciones pasadas? Si lo segundo, ¿por qué motivo atormentarse tanto, cuando ya el legislador está en el sepulcro? No perdamos el tiempo en ridiculas suposiciones: esta lei supone la existencia de un legislador; y este legislador abarca lo existente y lo posible, registra de una mirada todos los crímenes y las virtudes, domina igualmente lo presente, lo pasado y lo futuro, es del tiempo y de la eternidad. Estos sentimientos nos descubren á Dios.

§. IV.

La existencia y las modificaciones de la materia, no pueden explicarse sin recurrir á la existencia del ente necesario.

El argumento de que nos servimos en el punto anterior, puede aplicarse á la existencia de la materia. Para no multiplicar pues las pruebas, reducirémos este punto á dos consideraciones importantes: al movimiento de la materia, y el espectáculo de la naturaleza física.

Esa multitud innumerable de objetos que componen el universo visible, nos ofrece, entre otras maravillas, el espectáculo continuo de un concertado movimiento. ¿Quién hace mover esas moles inmensas que giran sobre nosotros? ¿Dónde está la mano que agita la materia inerte y obliga á los mundos á cruzar por el espacio? Negad la existencia de Dios, y el origen verdadero de este movimiento se convertirá muy pronto en un caos impenetrable, en un manantial perenne de contradicciones. La materia es inerte, es incapaz en lo absoluto de darse á sí misma el movimiento. Hablando de la espiritualidad del alma, indicamos este hecho: tiempo es ahora de probarle, para deducir del movimiento de la materia la existencia de una primera causa motriz. Oigamos á Rousseau.

“Yo veo, dice, á la materia, ya en movimiento, ya en quietud, de donde infiero que no le es esencial el uno ni la otra; es decir, ni el movimiento, ni la quietud. Siendo pues el movimiento una accion, por necesidad es efecto de alguna causa, cuya ausencia es la quietud. Cuando ninguna cosa obra sobre la materia, ella no se mueve; y así, por lo mismo que es indiferente á la quietud y al movimiento, su estado natural es estar en reposo, inaccion ó quietud.” Despues de haber distinguido el movimiento

pasivo y comunicado por otro, del voluntario y espontáneo, añade estas notables palabras: ¹ “Concebir la materia como productora del movimiento, es claramente concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.” ²

Y añade: “¿No es manifiesto que si el movimiento fuese esencial á la materia, sería también inseparable de ella; que se conservaría siempre en el mismo grado, y siempre el mismo en cada parte de ella; que sería incommunicable, y no podría aumentarse ni disminuirse; que no podría concebirse la materia en quietud?”

“Cuando se me dice que el movimiento no es esencial á la materia, pero si necesario, veo que esto es envolverme en enigmas, y querer echarse fuera de la cuestión con palabras bien fáciles de confutar, si tuviesen algun poco mas de sentido. Porque, ó el movimiento de la materia le proviene de sí misma, y entónces le es esencial, ó proviene de causa extraña, y entónces no le es necesario, sino en cuanto la causa motriz obra sobre ella; y volvemos, por consiguiente, á la primera dificultad.

“Las ideas generales y abstractas son un manantial copiosísimo de los mayores errores de los hombres: el lenguaje metafísico no ha descubierto jamás una verdad, y ha llenado la filosofía de absurdos, de que se avergüenza luego que se les despoja de las palabras pomposas con que se presentan y se les adorna. Decidme, si no, cuando ois hablar de una fuerza ciega, difundida en toda la naturaleza, ¿qué idea verdadera excita en vuestro entendimiento? Verdadera, ninguna. Se cree decir algo con estas palabras vagas, *fuerza universal, movimiento necesario*; pero en realidad nada se dice.

“La idea del movimiento no es otra cosa que la idea de la traslación ó paso de un lugar á otro; no se da movimiento sin alguna dirección, porque un ser individual no puede moverse á un mismo tiempo en todas direcciones: ¿pues hácia cuál se dirige ó mueve necesariamente la materia?”

“Ademas, ó la materia considerada en su totalidad tiene un movimiento uniforme, ó cada átomo tiene el suyo particular. En el primer caso, el universo entero debe formar una masa sólida é indivisible; en el segundo, no debe formar sino un fluido esparcido é incoherente, sin que dos átomos puedan reunirse jamás.

¹ Emile, t. 3, pág. 43, ed. de 1762.

² Tom. 3.º pág. 49.

“¿Y en qué dirección será este movimiento comun de la materia! ¿en línea recta, oblicua, á lo alto, á lo bajo, á la diestra ó la siniestra? Y si cada partícula de materia tiene su dirección particular, ¿cuáles son las causas de todas estas direcciones, y de todas estas diferencias! Si cada átomo, ó cada partícula de materia no hiciese mas que girar sobre su propio centro, jamás saldría de su lugar, y no habría movimiento comunicado; y aun este movimiento circular sería necesario que fuese determinado en algun sentido. Dar á la materia movimiento en abstracto, es no decir nada, ó es decir una palabra que nada significa: darle un movimiento determinado es suponer una causa que le determine.” ¹ Concluimos pues, que no siendo el movimiento esencial á la materia, es un hecho inexplicable, si no se cuenta para nada con Dios; de donde resulta que la existencia de este Ser infinito está probada igualmente por la existencia y por el movimiento de la materia.

Pasando al cuadro de la naturaleza física, se ofrecen á nuestra razón, en la multitud innumerable de objetos que contiene, en las relaciones maravillosas que hai entre todos ellos, en la sábia distribución de las partes, en la impresion sublime que nos causa el conjunto, en la fiel correspondencia de cada objeto á su destino, y por último, en las invariables y constantes leyes á que está sujeta la obra divina del universo, señales infalibles de la Omnipotencia, de la sabiduría infinita, de la bondad suma, y en una palabra, de la Providencia benigna, que todo lo arregla y dispone para el bien de los hombres y la gloria del Ser supremo. Este Dios, escondido á los ojos del ateo, se anuncia con caracteres espléndidos en el bello y magnífico espectáculo del universo. “Sería necesario, dice M. Tulio, no hacer el menor uso de la inteligencia, sería no ser hombre, el atribuir al acaso lo que ha sido hecho con tal orden, regularidad, conveniencia y razón, que nuestra razón misma se pierde en contemplarlo.”

Quando reflexionamos en la economía de una máquina, por mui sencilla que sea, no necesitamos de otra cosa, para afirmar con entera seguridad, que es la producción de un artífice dotado igualmente de un entendimiento que combina y de una mano diestra que ejecuta. Si estas pruebas de inteligencia y de gusto rechazan por sí mismas cualquiera idea del acaso, aun en las obras de los hombres, ¿que será cuando se trata de las obras del Criador, cuando se admiran los prodios

(1) Id. pág. 51.

gios infinitos que excitan nuestro entusiasmo en el inmenso cuadro del universo!

“¿Qué encadenamiento de fenómenos, capaces de elevarnos hasta la Divinidad vemos en el mundo planetario, á que pertenecemos! Esos globos luminosos que hace tantos siglos ruedan magestuosamente en el espacio, sin separarse jamas de sus órbitas, ni tropezarse en sus revoluciones; ese sol que á manera de lámpara de fuego vivifica toda la naturaleza, colocado á una distancia conveniente para alumbrar y dar calor á la tierra sin abrasarla con su fuego; ese astro que preside á la noche con su apacible claridad, sus faces y su curso, de que el genio del hombre ha sacado tantas ventajas; esta tierra tan fecunda, sobre la cual vemos perpetuarse por leyes constantes una multitud de seres vivientes, con la admirable proporcion de los sexos, de muertos y de nacidos, que hace que jamas esté ni desierta ni recargada de habitantes; esos mares inmensos con sus agitaciones periódicas y tan misteriosas; esos elementos que se mezclan, se modifican y combinan de manera que sirvan suficientemente á las necesidades y á la vida de una prodigiosa multitud de seres, tan diferentes en su estructura y tamaño; en fin, este curso tan regular de las estaciones, que reproduce sin cesar la tierra bajo formas nuevas; que despues del reposo del invierno la representa sucesivamente engalanada con todas las flores de la Primavera, enriquecida con las mieses del Verano y coronada con los frutos del Otoño, haciendo así pasar el año en un círculo de escenas variadas sin confusion, y semejantes sin monotonía; ¿no forma todo esto un conjunto y concierto de partes de que no podéis desprender una sola sin romper la armonía universal?”¹

Es imposible desconocer este orden, esta belleza, este portento de sabiduría, sin renunciar al uso mas fácil de la razon, al mismo sentido comun, que basta por sí solo para elevarse desde las simples sensaciones de la naturaleza hasta el gran principio de donde todo emana. Algunos sofistas han empleado mil sutilezas para desvirtuar la fuerza de estas reflexiones tan urgentes; pero estos efectos de la corrupcion del espíritu nada pueden contra la luz de la evidencia. Desde Epicuro hasta Holbach no han llegado á faltar en todas épocas espíritus degenerados, que por la mayor de todas las inconsecuencias, han preferido el acaso á la Providencia, el capricho á la sabiduría, lo mas repugnante á lo

1. Frayssinous, Conferencias.

mas natural, los nombres á las cosas, para borrar la imagen de Dios del cuadro de la naturaleza. Unas veces pretenden que no hai en ella ese orden y concierto que todos reconocen, otras niegan con audacia la correspondencia de cada objeto á un destino marcado, otras por último, aun cuando admitan algunas de estas verdades, no quieren confesar el natul y estrechísimo enlace que hai entre ellas y la existencia de Dios. Mas por un beneficio particular de este Ser augusto, y por el designio que ha tenido en la creacion, sucede que el hombre columbra sin dificultad, poniendo en uso sus potencias intelectuales, el orden y algunas de las innumerables relaciones que hai en el universo; y de aquí se eleva sin dificultad ni esfuerzo alguno al conocimiento de la primera causa. De todo esto nos servimos para formar el siguiente raciocinio que nos parece concluyente. Hai un orden, hermosura y fin particular en todos los objetos que componen el mundo visible; y este orden, que todos comprenden en virtud de las nociones primitivas, no puede explicarse sino recurriendo á la primera causa.

“Es bien público que algunos bellos ingenios, tanto entre los antiguos como entre los modernos, se han complacido en celebrar las maravillas de la naturaleza; dejemos las descripciones y los pormenores á los naturalistas profundos, que reuniendo la imaginacion del poeta á la sagacidad del observador, sean capaces de pintarlas: bástenos observar en general este enlace maravilloso de causas y efectos que sostienen la armonía del mundo, el concurso de las diversas partes al fin y á la conservacion del todo, y la influencia del conjunto en la reproduccion y conservacion de las partes. Si, todo se encadena en la naturaleza, es una máquina inmensa en cuya totalidad brilla tanto mas el orden, cuanto cada rueda tiene, á mas de su destino particular, otro con relacion al conjunto. Examinemos al hombre con particularidad: ¿qué soi yo considerado como un ser corporal? Soi un átomo respecto de la tierra, y esta otro átomo respecto al mundo planetario, del que es una parte. ¿Y qué es este mismo mundo con relacion á la vasta extension de los cielos estrellados? ¿No es lo mismo que un punto en la inmensidad de los espacios? ¿Cuánta es pues nuestra pequeñez, y cuán cerca estamos de la nada en nuestra parte perecedera! Sin embargo, nuestra existencia tiene relaciones y conexion con toda la naturaleza; y la tierra, los mares, el aire, la luz y el sol, todo contribuye á nuestra conservacion. El pan que me alimenta proviene del grano confiado á la

“ tierra; esta es fecundizada por las lluvias que la riegan,
 “ las cuales caen de las regiones del aire; este sostiene los
 “ vapores que las producen, los que se levantan de la super-
 “ ficie de los mares y de los rios, y esta evaporacion supone
 “ la accion del calor y del sol: de este modo todo contribu-
 “ ye á proveerme de la subsistencia; y aunque solo sea yo
 “ un átomo apenas perceptible en el todo, vengo á ser como
 “ un centro en el que todo termina. Lo mismo que del
 “ hombre diré de cada uno de los seres de la naturaleza, y
 “ hasta de los animales imperceptibles á la vista. De este
 “ modo está todo enlazado, desde lo infinitamente pequeño
 “ hasta lo infinitamente grande, y el gusanillo que se arras-
 “ tra sobre la tierra está unido á la constelacion que brilla
 “ en lo mas elevado de los cielos.

“ ¿Queréis admirar este mismo orden y belleza en un ob-
 “ jeto particular? Examinad solamente el ojo del hombre,
 “ y descubriréis que está formado para ver, y que entre él y
 “ los fenómenos de la vision, hai una proporcion admirable;
 “ de modo, que en esto solo reconoceréis un fin, y medios
 “ que se dirigen á él. Os engañáis, dirá aquí un ateo, here-
 “ dero de un pensamiento de Lucrecio: el ojo no está hecho
 “ para ver: pero como era preciso que la materia de que se
 “ compone coexistiese en cierto modo con los demas objetos
 “ de la naturaleza, se ha descubierto que estaba en propor-
 “ cion con la luz; y he aquí por qué el hombre se sirve de
 “ él, para ver los objetos. Es lo mismo, señores, que si di-
 “ jésemos que la puerta de una casa no se ha hecho para
 “ entrar y salir por ella, sino que hallándola hecha se la ha
 “ destinado á este uso: mas claro: que los diferentes instru-
 “ mentos de que se sirve un artifice para desbastar, puli-
 “ mentar, arreglar y concluir su obra, no se han hecho para
 “ esto, sino que viéndolos el obrero á propósito para este
 “ uso, los aplica á él. Pero he aquí cómo podemos apurar
 “ al ateo mas obstinado. Prescindiendo de lo que el hom-
 “ bre sería en cualquier otro sistema, es indudable que en
 “ el orden actual de cosas ha nacido para ver los objetos
 “ exteriores; pues la especie humana pereceria si fuese del
 “ todo ciega. Bajo de este supuesto, ¿por medio de qué
 “ órgano ve el hombre? ¿no es por los ojos? Pues pregun-
 “ tad ahora al mas hábil óptico, si el ojo del hombre no está
 “ construido maravillosamente para este uso; si por el lugar
 “ que ocupa, por los párpados que le cubren, por su órbita
 “ movable, su pupila y su nervio óptico, no tiene las mayo-
 “ res proporciones con la vision; y así, siendo el fin ver los
 “ objetos, y el ojo el medio de conseguirle, resulta que este

“ medio está perfectamente adaptado al fin. ¿Qué mas se
 “ necesita para conocer un designio, un objeto, un plan me-
 “ ditado, y por último, un orden? Lo mismo que se dice
 “ del ojo puede decirse de todos los demas órganos, y del
 “ maravilloso mecanismo del cuerpo humano, del de los
 “ animales y del de las plantas. Preguntad al sabio mas
 “ profundo y mas versado en el conocimiento de la natura-
 “ leza, y os dirá que en la cadena inmensa de los seres no
 “ hai uno solo que no esté bien ordenado en sí mismo, y con
 “ referencia á los demas. ¿Y dónde hallaremos orden y
 “ belleza, si no la encontramos en esta serie y enlace de
 “ maravillas! La naturaleza, señores, es tan hermosa, y
 “ tal la impresion de su belleza en los hombres, que todos
 “ sus esfuerzos se dirigen á reproducirla, y el mayor triunfo
 “ del ingenio humano es imitarla. Las bellas artes solo son
 “ una imitacion de ella; y el pintor, el estatuario y el poeta
 “ son tanto mas perfectos, cuanto mas fielmente copian su
 “ imágen: las bellezas naturales tienen en efecto para nues-
 “ tros corazones cierto encanto secreto que les acompaña en
 “ todas partes; y así está observado, hace muchos siglos,
 “ que el hombre se complace en reconocerla en sus juegos,
 “ en sus fiestas y en sus espectáculos mas pomposos, en los
 “ pórticos y palacios que construye, y por fin, en todas las
 “ obras maestras de su industria. Anhela por ver reprodu-
 “ cidos los cielos estrellados, los paisajes, las flores, los fru-
 “ tos y las aves; pero en el momento mismo que se fija su
 “ vista en las bellezas del arte, conoce que está aun mas
 “ unido por la parte mas pura de sí mismo á las bellezas
 “ originales, de cuya lozania puede decirse que es siempre
 “ antigua y siempre nueva.

“ Acabo, señores, de demostrar que hai orden y belleza
 “ en este mundo visible: ahora añado, en tercer lugar, que
 “ es imposible explicar uno ni otro sin la accion de una cau-
 “ sa inteligente.

“ Convencidos pues de la existencia del orden en este
 “ mundo visible, veamos cuál puede ser su causa; y si es
 “ obra de una inteligencia y razon infinita, ó el resultado
 “ imprevisto de un acaso. Los sabios de nuestros dias han
 “ insistido en el principio de la necesidad de desconfiar del
 “ espíritu de partido y consultar los hechos, las observacio-
 “ nes y la experiencia, advirtiendonos que no nos entregue-
 “ mos á todas esas hipótesis brillantes, que si pueden dar
 “ honor á la imaginacion del escritor, son mui poco honro-
 “ sas al naturalista. Sea pues, señores, la experiencia el
 “ juez que decida entre los ateos y nosotros. Yo los desa-

“ fio desde luego á citar una sola obra, digna de atencion
 “ por su órden y su belleza, que no sea el fruto de una inte-
 “ ligencia. ¿Nos ofrecen acaso la historia antigua ó la mo-
 “ derna obras en que brille la sabiduría y el ingenio, sin
 “ suponer lo uno y lo otro en su autor? ¿Ha compuesto
 “ acaso algun idiota una Iliada ó un poema como Atalía?
 “ Digan si alguna vez han podido los ciegos, por mas que
 “ manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, dar, co-
 “ mo por acaso, con una *Trasfiguracion* como la de Ra-
 “ fael, ó si un torbellino de viento, agitando un conjunto de
 “ piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y dispo-
 “ ner las partes de un palacio como el de los Médicis. Si
 “ me probasen que una turba de insensatos, hablando todos
 “ á un tiempo y en la mayor confusion, habian articulado
 “ sin interrupcion todas las palabras de que se compone el
 “ *Discurso sobre la historia universal*,¹ acaso pudiera ocu-
 “ rrirme el pensamiento de que este mundo, con todas sus
 “ maravillas, no anuncia un arquitecto inteligente: pero si
 “ donde quiera que veo establecido un órden; si á la vista
 “ de una familia bien dirigida, de una ciudad bien goberna-
 “ da, de un ejército bien disciplinado, ó de un edificio bien
 “ dispuesto en todas sus partes, se excita en mi entendi-
 “ miento, aun sin poderlo evitar, la idea de un agente dota-
 “ do de inteligencia y razon; es indispensable que siguiendo
 “ las reglas de la analogía y de la experiencia mas constan-
 “ te, me eleve, al considerar el órden admirable de la na-
 “ turalidad, hasta una inteligencia suprema, y que lo crea
 “ obra suya.

“ Nosotros solo podemos juzgar de las cosas por nuestro
 “ modo de concebirlas, y con arreglo á las primeras ideas
 “ que constituyen en cierto modo nuestro entendimiento y
 “ son la basa necesaria de nuestros raciocinios. Así es,
 “ que el hombre siempre ha raciocinado por el principio de
 “ que el órden en un efecto supone inteligencia en su causa;
 “ y conforme á esta regla luminosa, invariable y universal,
 “ ningun hombre sensato se ha persuadido nunca que, to-
 “ mando al acaso y sin eleccion letras de imprenta, pueda
 “ resultar un poema como Atalía, por mas que esta opera-
 “ cion maquina, hecha sin discernimiento, se repita sin ce-
 “ sar millones de siglos. El órden y el desórden se distin-
 “ guen en nuestra inteligencia, tanto como la sabiduría y la
 “ locura, la luz y las tinieblas. Un intervalo inmenso sepa-

¹ Obra que bajo este titulo publicó Bossuet, y que debe mirarse como una de las producciones mas prodigiosas del genio.

“ ra al agente dotado de inteligencia del agente ciego y
 “ estúpido, sin que nuestra razon nos permita confundirlos
 “ en sus efectos ni en su naturaleza; y si se necesita inteli-
 “ gencia para componer una esfera artificial que represente
 “ los movimientos celestes, ¿cómo puede concebirse que no
 “ haya sido necesaria tambien para disponer las esferas
 “ reales que ruedan por los cielos?

“ Parece que persuadidos los ateos de nuestros dias, de
 “ que en la realidad el acaso no es nada, se han avergonza-
 “ do de atribuirle la formacion del universo; y en efecto,
 “ tanto en el mundo físico como en la vida humana, todo
 “ tiene su verdadera causa, aunque oculta; y solo para ex-
 “ presar una ocurrencia inesperada ó un resultado imprevis-
 “ to, que no por eso deja de tener una causa, ha sido preci-
 “ so adoptar esta palabra *acaso*, voz que de ningun modo
 “ puede ser agente ni causa. Pero nuestros ateos, al dejar
 “ de invocarle, han alborotado el mundo con lo que ellos
 “ llaman la *naturalidad*, la *necesidad*: he aquí sus dioses,
 “ que no son ménos quiméricos que los del paganismo. Tan
 “ crédulos y tan desatinados se muestran los ateos en su
 “ modo de explicar el universo, que bajo este punto de vista
 “ son los hombres mas supersticiosos; y si no, que nos digan
 “ lo que entienden por naturalidad. Si entienden una natu-
 “ raleza sábia, dotada de prevision, y que todo lo dispone
 “ conforme á un plan concertado de antemano, es mudar
 “ las palabras y conservar las cosas; pues esa misma natu-
 “ raleza es la causa inteligente que nosotros buscamos: es
 “ Dios. Pero no; para ser consiguientes deben designar
 “ por la palabra *naturalidad* la universalidad de los seres, el
 “ conjunto de cuanto existe, el gran todo del universo, y en
 “ una palabra, el mundo; que es lo mismo que no decir na-
 “ da, y que el mundo es el autor del órden del mundo. Ellos
 “ nos hablarán de la energía de la naturalidad, de atraccion,
 “ de impulsión, de repulsión, de afinidades: pero yo en esto
 “ solo veo reglas, y siempre preguntaré quién es el regula-
 “ dor; veo medios para la conservacion del órden, los cua-
 “ les suponen un ordenador, en lugar de excluirle.

“ Con la misma inoportunidad invocan la necesidad; y así,
 “ para entendernos, procuremos no tomar meras palabras
 “ por cosas efectivas. Si queréis que el órden actual del
 “ mundo exista necesariamente y por sí mismo desde la
 “ eternidad, la voz del mundo entero se levantará contra
 “ vosotros; pues tanto los antiguos como los modernos, los
 “ filósofos como los ignorantes, y los ateos como los creyen-
 “ tes, todos están conformes en que el mundo no ha existido

“ siempre cual hoy es; y entre todos los pueblos se ha conservado la tradición del caos primitivo, de donde al fin salió el universo con todas sus maravillas. Si pretendéis que el orden actual de las cosas es á lo ménos un resultado necesario de las leyes mecánicas de este mundo visible, yo os preguntaré: ¿quién ha establecido estas leyes primordiales, tan fecundas en resultados maravillosos? ¿quién ha dirigido sus combinaciones, y de dónde proceden esos principios de orden, cuyo desarrollo ha formado y conserva el universo? Veo la mano de un reloj dar la vuelta en una esfera y marcar exactamente las horas que dividen el día; pregunto cuál es la causa de un movimiento tan ordenado, y me respondéis que es el resultado de un mecanismo oculto á mi vista. Convengo en ello; ¿pero no formaré inmediatamente la idea de un artífice inteligente, que hace jugar y moverse los diferentes resortes de esta máquina? Veo á un ejército ejecutar con exactitud las evoluciones más diestras y difíciles; pregunto la causa, y se me responde, que lo que me admira tanto es el resultado de las reglas de la táctica y del largo ejercicio del soldado. Estoy conforme; ¿pero me exige esta respuesta de recurrir á un ordenador que manda y arregla todos estos movimientos? Así es, que por más que supongáis en la naturaleza movimientos y combinaciones sucesivas, que produzcan los fenómenos que vemos y que tanto nos admiran, siempre será preciso llegar á una causa primera y eficiente de este bello orden que tanto nos asombra.

“ Que esta causa inteligente sea Dios, no requiere discusión. El punto controvertido actualmente entre los ateos y nosotros, es saber si existe un ser distinto de este mundo, y que sea su ordenador: si existe realmente, los ateos convendrán sin dificultad en que para haber dispuesto tan maravillosamente todas las partes de este inmenso universo, necesitaba tener una inteligencia, un poder, una sabiduría y una prevision muy superiores á todos nuestros alcances; que sus perfecciones fueran ilimitadas; que fuera un ser perfectísimo, y en una palabra, Dios.

“ Queda pues probado que hai nociones de orden y de belleza comunes á todos los entendimientos; que en virtud de estas nociones cada uno percibe que hai orden en el mundo visible, y que no puede explicarse sino por la acción de una causa inteligente, que es Dios: luego existe Dios. Esta es una cadena de la cual no puede romperse ni un solo eslabon. Yo bien sé que todavía pueden proponerse argumentos, bien que fútiles, contra estas verda-

“ des, como se proponen contra la existencia de la materia, de la extension y del movimiento; pero felizmente para la tranquilidad del mundo, las pruebas de la existencia de Dios son sensibles á todos, mientras que los sofismas de los ateos son tomados de una metafísica tenebrosa é incomprendible al vulgo; de suerte, que á despecho de los ateos, el género humano continuará teniendo sentido común, y creyendo en Dios.” (Frayssinous. *lug. cit.*)

§. V.

El ente necesario es espíritu, único, é infinitamente perfecto.

Las demostraciones que hemos dado sobre la existencia de un *ente necesario*, nos conducen naturalmente á reconocer su naturaleza espiritual, á concebir que no puede haber más que uno, y que ha de contener en sí precisamente todas las perfecciones. Es tan indispensable inferir todo esto de sola la existencia de un *ente necesario*, como lo es reconocer el enlace estrechísimo, natural é indisoluble que hai entre un principio y su inmediata consecuencia. Por lo mismo no hai medio entre el ateísmo y el reconocimiento de esta verdad que se anuncia en el rubro del presente párrafo. Sin embargo, no han faltado algunos que afectando convenir en la existencia de una primera causa, niegan, ya su naturaleza espiritual, ya su unidad exclusiva, ya su infinita perfección; y por tanto, será muy conveniente manifestar los argumentos que apoyen esta idea que nos formamos de la Divinidad.

I.

Dios es un espíritu.

Para no repetir demostraciones, nos bastará llamar á este propósito la atención de nuestros lectores sobre las pruebas que dimos de la espiritualidad del alma en todo el capítulo segundo del libro primero, pág. 21: pues no se necesita de otra cosa para reconocer que Dios es un espíritu, ¿pero no es más que un espíritu? Adelante probaremos, que Dios es esencialmente simple, y por consiguiente nada tiene, ni puede tener de corpóreo.¹

¹ Véase la 2.ª parte, cap. 2.º Conclusion.

II.

Dios es único.

La verdad de esta proposición se demuestra fácilmente, porque la unidad del Ser supremo es una consecuencia natural de su existencia necesaria. Esta necesidad absoluta es simple y uniforme, y no reconoce ni diferencia ni variedad, cualesquiera que sean. ¿Mas por qué no reconoce diferencia ó variedad? porque la diferencia ó variedad de existencia procede necesariamente de alguna causa exterior de la cual dependa, como fácilmente se concibe. ¿Y no hai una contradicción manifiesta en suponer dos ó mas naturalezas diferentes, existentes por sí mismas, é independientes una de otra? Si cada una de estas naturalezas es independiente de la otra, se la puede suponer existiendo de por sí, no será indispensable recurrir á otra para conocer la necesidad de su existencia, no habrá contradicción en imaginar que alguna de ellas no exista. ¿Qué resulta de aquí? que en el hecho de poderse concebir sin existencia cualquiera de ellas, ya deja de tener una existencia necesaria, pues aquello que puede concebirse sin existir, pudo no haber existido y puede dejar de existir. Ahora bien: un ente que pudo no haber existido y puede dejar de existir, es un *ente contingente*; de donde se infiere, que la suposición de dos ó mas entes necesarios, es un absurdo tal, que no puede admitirse sin despojarlos á todos por el mismo hecho de su existencia necesaria.

Ya en su respectivo lugar hemos probado la existencia del *ente necesario* por la existencia del *ente contingente*, y todo esto con un argumento mui sencillo: no pudiendo negar que existen muchos entes contingentes, porque nosotros mismos somos tales, ni explicar nuestra propia existencia, sin admitir un ente necesario, una causa primera, venimos á quedar en la alternativa de negar nuestra propia existencia, ó de confesar la del *ente necesario*: no podia suceder lo primero; luego era preciso que sucediera lo segundo. Resulta de lo expuesto, que si hubiera podido explicarse nuestra propia existencia sin recurrir al *ente necesario*, evidentemente habria quedado este sin prueba ninguna en favor de su existencia; y por tanto, la recta razon nos habria inclinado á desecharle: es así, que la existencia nuestra y la de todos los entes contingentes se comprende y explica mui bien, sin recurrir á dos ó mas entes necesarios; luego estamos en el

caso estrechísimo de desechar esta pluralidad y confesar francamente que el *ente necesario* es único. Acaso nos opondrán algunos, que no hai repugnancia en suponer muchos entes necesarios, y pondrán por ejemplo la historia del paganismo, que admitió de hecho muchas divinidades, cosa que no hubiera podido suceder, si en esto hubiese aquel género de repugnancia que constituye la imposibilidad. Mas en el párrafo anterior hemos resuelto esta dificultad, manifestando que la suposición de dos ó mas entes necesarios es repugnante, contradictoria y por lo mismo imposible. En cuanto al Polytheismo, ó sea la creencia de muchos dioses, no negáremos que es un hecho histórico, que hubo, y aun habrá todavía pueblos que lleven esta opinion; pero nada se sigue de aquí contra el principio establecido. En efecto, los dioses del paganismo no fueron reputados nunca como entes necesarios; la Mitología les daba nacimiento, origen determinado, dependencia mutua, atributos mui relativos.

Concluyamos pues de cuanto se ha dicho, que la pluralidad de entes contingentes es la opinion mas absurda que puede sostenerse; y por lo mismo, que es mui ridículo el empeño de aquellos filósofos que han asignado dos principios generales á todas las cosas, independientes ambos y existentes por sí mismos, conviene á saber, Dios y la materia: porque en efecto, si existir por sí mismo es existir necesariamente, y hai una contradicción expresa en imaginar dos naturalezas diversas existentes ambas necesariamente, como lo hemos demostrado en el párrafo primero, se sigue con toda evidencia, que es absolutamente imposible que haya estos dos principios; y por tanto, que el ente necesario, es precisamente único.

III.

El ente necesario es infinitamente perfecto.

Un ser infinitamente perfecto, es un ser al cual nada falta; y tal es la idea que debemos formarnos del ente necesario. Podrian darse muchas demostraciones; pero en obsequio de la brevedad nos limitaremos á una sencilla prueba. Toda perfeccion nos da la idea de una cosa positiva; busquemos pues el sugeto que reúna todas las perfecciones posibles. No habiendo, como en efecto no hai, sino entes contingentes, y un solo ente necesario, resulta que aquellas perfecciones se han de buscar precisamente en alguno de ellos. Cuantas pueden tener los entes contingentes, las tiene el ente neces-

sario, por la razón sencillísima de que este es la causa de aquellos, y toda causa debe contener en sí las perfecciones que hai en el efecto. Fuera de estas perfecciones, que hai en los entes contingentes, quedan todas las otras posibles é imaginables; y puesto que la perfección, como una cosa positiva, supone la existencia de un ente en quien estar, y fuera de los entes contingentes solo queda el ente necesario, resulta que el ente necesario tiene todas las perfecciones posibles é imaginables, y por lo mismo, que es infinitamente perfecto.

Mas aquí se presenta una ligera dificultad. De que una cosa sea posible, no se infiere que exista: luego pueden suponerse muchas perfecciones posibles sin declararlas existentes: lo que no existe aun no exige necesariamente un ser en quien estar, y por consiguiente, aquellas perfecciones posibles, que no están en el ente contingente, no deben atribuirse, por el solo hecho de ser posibles, al ente necesario. A esta ligera dificultad se responde, que Dios es simple, y por consiguiente, incapaz de recibir nuevos atributos y cualidades; que Dios es inmutable, y por consiguiente, que no puede tener despues lo que no haya tenido ántes: que Dios es infinito, y por consiguiente, que tiene en acto todas las perfecciones; que Dios es eterno, y por lo mismo, que basta la posibilidad de una perfección para inferir de aquí que siempre la ha tenido y la tendrá eternamente. Nos resta que probar que Dios es simple, inmutable, infinito y eterno; pero esto entra en el objeto del capítulo en que vamos á tratar de los atributos de Dios.

Hemos dado ya las principales pruebas de la existencia de Dios. En el curso de ellas se ha visto que nada puede explicarse sin partir de este principio eterno de toda existencia; que las nociones mas simples bastan para elevarse hasta él; que todo conspira á darnos esta grande lección: el hombre, el bruto y la materia inorgánica; que el nombre de Dios está escrito con caracteres indelebles en el corazón del hombre, en la superficie de la tierra y en la bóveda sublime de los cielos. Esta facilidad con que se le comprende y adora, es la causa de que la existencia de Dios sea y haya sido siempre la creencia del género humano. Una ligera tintura en la historia basta para saber cuál ha sido sobre este punto la creencia de los pueblos: los historiadores, los filósofos y los poetas, á quienes recurrimos para conocer las ideas, las instituciones y costumbres de toda la antigüedad, no nos dejan la menor duda sobre este punto. El culto de Dios fué primero que todo, y precedió constante y univer-

salmente á todas las revoluciones de la política, á la invención de las ciencias y al nacimiento de las artes. Concluirémos pues, este artículo, transcribiendo una excelente recapitulacion, que debemos á la sábia crítica de Dutens, sobre las opiniones uniformes que tuvieron acerca de la existencia de una primera causa los mas célebres filósofos de la antigüedad.

“Los mas célebres filósofos de la antigüedad tuvieron ideas muy sanas del Ser supremo: si algunos negaron su existencia, era porque conociendo los absurdos que se seguian del dogma de la pluralidad de los dioses, se creian obligados á oponerse á sus progresos. Pero ellos únicamente se esforzaban á destruir una doctrina tan injuriosa á la Divinidad, para establecer mejor la que enseñaban sobre la naturaleza de un Ser eterno, ¹ incorpóreo, ² que de nada necesita, ³ perfectamente bueno, ⁴ infinito, ⁵ inmutable, ⁶ in-

1 Est is et ingenitus, nec in illum mors cadit ulla.

Unigena est, totusque, et semper, firmus, et ortus

Expers. . . *Parmenides, in soph. Platon. apud Clem. Alex. V. Strom. pág. 603.* Diu semper fuerunt, et nati nunquam sunt, siquidem aeterni sunt futuri. *Cic. de Natur. Deor. sect. 123. pág. 196. Vid. Clem. Alex. loc. cit. et seq.*

Antiquisimus eorum omnium, que sunt, Deus; ingenitus enim. *Dicebat Thales in Laeri. lib. 1. sect. 35.*

2 Maximus in gere Divum, atque hominum, Deus unus;

Qui nec corpore, nec mente est mortalibus ullis. . .

Assimilis. . . . *Xenophan. apud Clem. Alex. V. Strom. p. 691.*

3 Nullius indiget Deus. *Plat. in Cat. mac. pág. 351.*

Omnis enim per se Divum natura necesse est.

Immortali aeo summa cum pace fruatur,

Semota á nostris rebus, sejunctaque longe.

Nam privata dolori omni, privata periculis.

Ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri. . . *Lucret. lib. 1 v. 57*

4 Bonus ipse Deus revera est, et ita dicendum. *Plat. de Rep. pag. 379. et in Tim.*

5 De Deo dicit Poeta Agrigentinus Empedocles, apud Clem. Alex. V. Strom. pág. 587.

Illum non oculis nostris apprehendere fas est.

Aut manibus, via, que revera est maxima, mentes

Ut credant hominum, que non deducere possit

6 Impossible Deum mutare se velle, &c. *Plat. 2. de Rep. pág. 381. C. Tom. 1.—12.*

movible, ¹ impasible, ² inmortal, ³ inefable; ⁴ omniscio, ⁵ autor del bien, ⁶ principio, causa, y fin de todo lo que existe, ⁷ árbitro, ⁸ y gobernador del mundo que creó; ⁹ en fin, Todopoderoso, ¹⁰ y bienaventurado. ¹¹

Sería no solo superfluo, sino tambien difícil, el referir aquí todos los pasajes de los autores que comprueban estas verdades; me contentaré con haber indicado el mayor número de ellas con exactitud, y poner á la vista del lector algunas de las mas admirables.

Ciceron creia firmemente, que no hai nacion alguna tan bárbara, ¹² que no tenga algun conocimiento de Dios: dice,

1 Plat. in Parmenid. tom. 3. pág. 138. vocat Deum, sive unum immobilem. Tamblicus de Myster. pág. 15.

2 Philosophorum dogma est, nullis passionibus obnoxium esse Deum. Sect. Empiric 1. Phárron. Hypoth. sect. 225. Plat. in Epimon. pág. 965. A. B.

3 Xenophanes Ægyptiis præcipiebat, si Osirim mortalem crederent, ne eum colerent; si Deum, ne deplorarent. Plutarch. in Amat. pág. 763. tom. 2. D.

4 Illum quidem quasi parentem cujus universitatis invenire, difficile; et cum jam inveneris, indicare in vulgus, nefas. Plat. in Tim. tom. 3. pág. 28.

5 Est profecto Deus, qui, que nos gerimus, auditque, et videt. Plautus, captiv. 11. 2. 62.

Est magnus in caelo

Jupiter, qui intuetur omnia, et gubernat. J. Lophoc. Elect. v. 174.

6 Nam cum constituisset Deus bonis omnibus explere mundum, mali nihil admiscere, quidquid erat, quod in cœmendi sensum caderet, id sibi assumpsit. . . Fas autem nec est, nec unquam fuit, quidquam nisi pulcherrimum facere eum, qui sit optimus. Plat. in Tim. pág. 30. A. B.

7 Aristot. Metaph. lib. 2. cap. 2. . . Plato in Tim. . . Proclus, Theol. Platonis. lib. 3. cap. 21.

8 Theognidis. v. 373 et seq. . . Max Tyr. diss. 1. pág. 5.

9 Horatius, lib. 1. Carm. Od. 12 v. 13. . . Oppian, de Piscat. lib. 2 v. 3.

10 Immensa est, finemque potentia cœli Non habet, et quidquid Superi voluere, peractum est. . . Obid. Metamorph. v. 620.

11 Aristoteles. de Cælo, lib. 1. cap. 9.

12 Ut porro firmissimum hoc afferri videtur, cur Deus esse credamus, quod nulla gens tam fera, nemo omnium tam sit immanis, cujus mentem non imbuerit Decorum opinio. Multi de Diis prava sentiunt; id enim vitioso more effici solet; omnes tamen esse vim, et naturam divinam esse censeant. Nec vero id collocutio hominum, aut consensus efficit; non institutis opinio

que muchos tenian una idea injuriosa de esta verdad por vicio de su educacion; pero que sin embargo todos convenian en reconocer una Divinidad: advierte ademas, que esta opinion no era efecto de alguna convencion hecha entre los hombres despues de largas conferencias; y que no se funda esta opinion en el unánime consentimiento universal de todas las naciones, sino porque tal consentimiento debe estinarse como una lei de la naturaleza. En otro lugar dice, que no hai pueblo tan feroz y bárbaro, que no reconozca la necesidad de admitir un Dios, aunque ignore quién es, y cómo se le ha de servir. ¹

Séneca, para probar la existencia de Dios, argüia por la opinion impresa que tienen todos los hombres de esta existencia; y dice, que no se ha hallado jamas nacion tan depravada y corrompida, que haya negado la existencia de Dios. ²

Sócrates enseña en el Phedon, no solo que Dios es bueno, ³ sino tambien que es la misma bondad; que no está sujeto á ninguna mutacion; siempre uno mismo; siempre igual, y que no puede padecer ninguna alteracion.

Sócrates y Platon, ⁴ decian, que Dios es uno: sin principio; espiritual; libre de toda materia, y ageno de todo cosa pasible. Theodoro dice ⁵ que Dios no puede ser percibido por la vista, ni ser comparado con ninguna cosa visible; y que así es imposible formar idea de él por medio de alguna representacion ó imágen.

est confirmata, non legibus. Omni autem in re consensio omnium gentium lex nature putanda est. Cicero. Tuscul. 1. pág. 112.

1 Ipsisque in hominibus nulla gens est, neque tam immansueti, neque tam fera, que non, etiam si ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. Idem, de Leg. lib. 1. pág. 315.

2 Apud nos veritatis argumentum est, aliquid omnibus videri, tanquam Deos esse, inter alias sic colligimus, quod omnibus de Diis opinio insita est, nec ulla gens usquam est adeo extra leges, moresque projecta, ut non aliquos Deos credat. Seneca. Epist. 117. pág. 494.

3 Ipsum nimirum æquale, ipsum pulchrum ipsum singulum (i. e. id quod revera existit) nunquamne ullam mutationem suscipit. Aut certe, ipsorum unumquodque, quod nimirum est uniforme illud quod revera existit, ipsum per se ipsum similiter eodem modo habet, et nunquam ullo modo ullam alternationem suscipit. Phædo, tom. 1. pág. 75. D.

4 Socrates, et Plato Deum esse dixerunt aliquid unum unigenitum, a se ipso genitum, singulare, vere bonum: singula vero hæc nomina ad mentem diriguntur. Itaque Deus est mens, separata forma, hoc est, ab omni materia secreta, nullique patibili rei permixta. Plutarch. de placit. Philos. lib. 1. cap. 7 pág. 25.

5 Theodoret. Therapeut. tom. 4. pág. 477. 1. Orat. de fide.

Platon en su *Timeo*¹ da la misma definicion de Dios, que Moises, llamándole, *el que siempre es*.

Speusipo² en el libro de las definiciones, atribuido á Platon, define á Dios así: un Ser inmortal, que tiene su felicidad en sí mismo, de una esencia eterna, y autor de todo lo bueno que hai en la naturaleza.

Platon admitia como una consecuencia natural la imperfeccion en los cuerpos, y de aquí inferia, que estos habian tenido principio; lo que confirma muy bien todo lo que dice sobre la eternidad de un Dios incorpóreo.³

Hai un pasaje en Aristóteles, en el cual se explica, hablando de Dios, en los mismos términos que pudiera un Santo Padre de la Iglesia: *dice, que Dios es una sustancia eterna, inmóvil, separada de todo lo que puede ser percibido por los sentidos; que no tiene ninguna extension, y por consiguiente es indivisible*; y Ciceron se explica tambien en los mismos términos.⁵

Concluiré este artículo con un bello pasaje de Plutarco, que refiere aquí, siguiendo la traduccion de Amyot.⁶ “De

1 Deus ille, qui semper est, *Plat. Tim. t. 3, p. 34, 37.*

2 Deus immortalis, se ipso contentus ad felicitatem, essentia sempiterna; naturæ boni causa. *Speusippi Defn. ad calcem Platonis, tom. 3, pág. 421.*

3 Factus est (inquit) quandoquidem cernitur, et tangitur, et corpus habet... Corporeum autem, et aspectabile, itemque tractabile omne necesse est esse quod natum est. *Plat. Tim. pág. 28, B. et 31, B.*

4 Quod itaque est quedam æterna, immobilisque substantia, et a sensibus separata, constat ex dictis. Ostensum autem est, quod nec ullam magnitudinem possibile est hanc substantiam habere, verum impartibilis, indivisibilisque est.

5 Nec vero Deus ipse, qui intelligitur a nobis, alio modo intelligi potest, nisi mens soluta quadam, et libera, segregata ab omni concretionem mortali. *Tuscul. 1. cap. 27.* El Ab. Olivet llama á este pasaje, *el azote de los materialistas.*

6 Quod si idem accidit natura, quam tempore metimur, quod mensura ejus; ipsa quoque nihil est permanens, nihil ens, sed omnia sentia, et intereuntia, juxta eorum cum tempore comparationem. Itaque de eo quod est, non licet dicere, fuisse id, aut fore; quæ verba inclinationem significant, atque discessum, et mutationem, que locum in eo, quod est, non habet. Deus autem, si ita dicendum sit, est, et est nulla ratione temporis, sed æternitatis immobilis, tempore, et inclinatione carentis: in qua nihil prius est, nihil posterius, nihil futurum, nihil præteritum, nihil antiquius, nihil recentius; sed una cum sit, unico nunc sempiternam implet durationem; et hujus ratione, quod esse dicitur, vere est, non futurum, non præ-

“ lo que se infiere, que Dios es y existe, no segun alguna medida de tiempo, sino por toda una eternidad inmutable, “ é inmóvil, no medida por tiempo, ni sujeta á alguna alteracion: en la cual no hai pasado, ni futuro, ni mas nuevo, “ ni mas antiguo, sino una perpetua y real existencia presente, que con un *ahora* llena toda la eternidad; y ninguna cosa tiene real existencia, sino él solo, sin que se pueda decir *ful, ó será*; sin principio ni fin.” Despues apela al testimonio de todos los hombres, para saber si ha habido jamas quien se haya atrevido á decir que Dios ha sido engendrado, y que puede perecer.^{1*}

CAPITULO III.

DE LOS ATRIBUTOS DE DIOS.

Las ideas que tenemos de perfeccion, y el convencimiento que debemos tener de que Dios es infinitamente perfecto, pues no puede concebirse un ente necesario sin concebirle al mismo tiempo adornado de todas las perfecciones, basta sin duda para convencernos de que Dios reúne en un grado eminente é infinito cuanto puede merecer el nombre de perfeccion. De aquí resulta, que estas nociones primitivas acerca del Ser Supremo nos conducen fácilmente á descubrir sus atributos, que no son otra cosa que sus perfecciones infinitas.

Pero ¿cómo llegar á este descubrimiento, supuesta la limitacion de nuestras facultades! ¿Es capaz el entendimiento del hombre de comprender lo infinito! Sin duda que no. Si se trata de formarnos una idea clara y distinta, una idea perfectísima de Dios y sus atributos, es indispensable reconocer nuestra impotencia. Pero no se trata de esto, sino de concebir, cuanto es posible, la naturaleza y las perfecciones de Dios; y por lo mismo, tenemos cuanto basta para llegar á este importante resultado.

El hombre es una imagen de Dios, aunque imagen muy

teritum, neque orsum, neque defuturum. Sic itaque Deus nobis est venerationis studio salutandus, atque compellendus. *Plutarchi, de Dolphi, tom. 2, pág. 393, A.*

1 Interitui autem obnoxium, et natam nemo fere cogitavit esse Deum. *Id. de Stoicor. repug. tom. 2, pág. 1051, E, F.*

* *Dutens.* Reflexiones sobre el origen de los descubrimientos atribuidos á los modernos, IV parte, cap. 1.º pág. 260.